

## CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR [230 - 237]

2026

### Contemplación (día 50)

Muy bien, entonces, con la alegría de estar al final, pero sin bajar la guardia, (nos falta para llegar a la meta un poquito, así que no hemos llegado), sigamos corriendo esta carrera como dice San Pablo, lo dice así tal cual. Dice: «*He combatido el buen combate*» (2 Tm 4, 7); pero también habla en un momento de que los corredores que corren en el estadio, corren todos, pero sólo uno consigue el premio. Correr también como ellos<sup>1</sup>.

Contemplación para alcanzar Amor. La guinda del pastel, como dicen en España; la cereza de la torta, como dicen en Argentina, no tengo más idiomas que eso para decirlo. Entonces, hace falta esto, sin duda, porque hay que hablar del amor. Dios es amor. Necesitamos mucho de amor.

Esto de San Juan Pablo II<sup>2</sup> siempre lo leo porque me encanta:

El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente.

Podemos decir que Dios es amor y que si no tenemos amor en nuestra vida no tenemos ningún contacto con Dios, de ningún tipo, y por tanto nuestra vida no tiene sentido, porque el que le da sentido a nuestra vida es Dios. Pero como el pecado hace que Dios quede distante por culpa nuestra, entonces Dios no se queda tranquilo en el sentido de que no se olvida de nosotros y se hace hombre para explicarnos qué es el amor, para enseñarnos a amar, para mostrarnos cuánto nos ama.

Sigue diciendo San Juan Pablo II:

Por esto precisamente, Cristo Redentor ... revela plenamente el hombre al mismo hombre.

Cristo nos enseña a nosotros quiénes somos, qué somos, porque nos enseña cuánto nos ama y cuán importante es amar en nuestra vida.

San Ignacio trae al comienzo de esta Contemplación, que está en el número [230], en el número siguiente o en el mismo número, pero en los párrafos siguientes, dice:

**[230] CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR.**

*Nota.* Primero conviene advertir en dos cosas:

La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras.

**1 Jn 3, 18:** «Hijos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad».

---

<sup>1</sup> cf. 1 Co 9, 24.

<sup>2</sup> PAPA SAN JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptor hominis*, n. 10, 4 de marzo de 1979.

San Ignacio es el santo de la mística del servicio, el genio de la acción, es un hombre que baja a lo concreto, no nos va a hacer creer que amamos si no amamos. Es así que durante el Ejercicio nos ha hecho hacer muchos actos de amor, ¡muchos! —ya lo han experimentado sin duda— y sin embargo la palabra «amor» está veintidós veces en el Libro de los Ejercicios; pero como un acto del ejercitante solamente dos veces, y una vez cuando se habla del Infierno; es decir, casi nada usa la palabra «amor» por lo que acaba de decir, porque el amor hay que ponerlo *más en las obras que en las palabras*, y no podemos arriesgarnos a creer que diciendo que amamos estamos amando, cuando en realidad no lo estamos.

Cuando uno ama con las obras para que realmente sea eso una mentira, es que estoy fingiendo y me doy cuenta —tengo que estar casi esquizofrénico para no darme cuenta— ahora, cuando lo digo, a veces puedo confundirme. Por eso entonces, como decía San Juan Pablo II, la caridad de las obras ratifica la caridad de las palabras. El amor lo ponemos sobre todo en las obras.

Segunda aclaración que nos trae el Santo:

[231] *La 2ª, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas y así el otro al otro.*

Santo Tomás va a decir de manera muy sencilla: «Amar es querer el bien a alguien». Hay que meditar esto; y obviamente **el bien tiene un orden**. Por ejemplo, si un niño tiene diabetes, no le voy a dar un dulce que le va a hacer mal. «Sí le quiero el bien. ¡El dulce le gusta!». No. Entonces querer el bien a alguien es querer el bien mayor, el bien superior, el bien más grande, no un bien inferior que en otros sentidos son mal. Bastante obvio lo que digo, pero por las dudas.

Entonces eso es amar, **es un acto de la voluntad**, quiero el bien para alguien. ¡Qué importa lo que siento o lo que no siento! ¡**Quiero el bien para alguien! Eso es amar**. Los sentimientos pueden acompañar y demás. No estamos aquí en contra de los sentimientos, somos cuerpo y alma; claro que hay sentimientos, incluso Santo Tomás habla de las pasiones del alma, los sentimientos como si fueran del alma porque estamos tan unidos; pero en última instancia **el amor es un acto de la voluntad**.

¿Los ángeles aman? Sí, claro que sí; no tienen sentimientos. Hay gente que dice: «¡No tienen sentimientos!»; como si fueran fríos. Dios ama, sí; y propiamente hablando, entiéndaseme bien lo que quiero decir, dentro del Misterio que es Dios, Dios no tiene sentimientos, Dios es espiritual. Entiéndase bien; si a alguien le hace mal esto, sáqueselo de la cabeza. Pero después se hizo hombre; tenemos el Sagrado Corazón de Jesús. Pero Dios en sí mismo, Dios es espiritual, tiene un amor perfectísimo, infinitamente mayor que el nuestro, y no tiene sentimientos en sí mismo; después se encarnó.

¿Por qué digo esto? Porque **tenemos que aprender a amar con la voluntad**, no con el sentimiento. La voluntad en realidad no está en la cabecita, es del espíritu; pero usamos la cabeza que es lo que más parecido tenemos en ese sentido. El corazón, más arriba, en el cuerpo humano; debajo está la sexualidad. A lo que voy es que el amor debe estar ordenado,

entonces el que tiene que mandar es la inteligencia —inteligencia y voluntad, lo espiritual— así amamos. Los sentimientos pueden acompañar. Hay momentos en los que al sentimiento hay que dejarlo aparte porque sentimos cosas que no tenemos que sentir; y después, a quien toque y cuando toque, etc., la sexualidad puede ser una expresión de amor; a quien toque y cuando toque; si no, puede ser todo lo contrario. Por eso tenemos un orden, no somos cerdos, chanchitos, que estamos así: todo el aparato reproductor está a la misma altura que el corazón y que la cabeza. No. Si la inteligencia manda, los sentimientos pueden ser expresiones del amor también; pero si no, no.

Puede ser que en los hombres, en los varones, haya quizá una debilidad, quizá no, una debilidad mayor por la sexualidad; en la mujer más por el corazón, pero a veces la mujer se cree que el corazón es todo y tampoco eso tiene que mandar. Sí, es más noble en algún sentido, pero **no puede mandar el corazón, tiene que mandar la razón**. Santo Tomás dice dieciséis veces, literalmente, no sé si lo dije en alguna charla de ahora: «Ser virtuoso es ser según razón»; vivir según la razón.

Querer el bien a alguien, eso es amar, entendámoslo bien. Y aquí San Ignacio con estas palabritas que nos dice hace una distinción de lo que es **el amor de benevolencia, querer el bien a alguien**, «bene volere», «bene velle» —si alguien sabe latín se va a enojar si no lo aclaro, es irregular— y **el amor de concupiscencia, el amor que quiero para mí mismo**. Es cierto que en todo amor de benevolencia hay algo que siempre me quedo, no puedo dejar de pensar en mí en algún momento, no puedo; entonces todos los amores tienen algo que yo tomo para mí. Un amor de amistad, yo comparto con un amigo; ¡sí, recibo! Amo al enemigo, ¿y cuál es la concupiscencia?, ¿qué recibo yo?: ¡recibo la vida eterna! Siempre hay algo, no se puede evitar eso y está bien. Pero acá está el punto: que es lo secundario. Es decir, nunca me amo más que cuando no pienso en mí, nunca logro mayor perfección que cuando me olvido de mí. Ese es el orden, pensar en el otro, ponerme en el segundo lugar me hace en algún sentido estar en el primer lugar, porque así tengo que amar, así se ama.

Un cartelito que había en un Convento en Ecuador, que nuestro fundador nos sugiere poner abajo de la Cruz del Señor, dice: «Así se ama». **La mayor expresión del amor es Cristo en la Cruz.** «*Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo*». (Jn 3,16)

También en esto se explica la relación del amor con el dolor, porque si yo tengo un grupo de amigos, y cuando va todo bien, compartimos todo, y jugamos al fútbol, y cuando estoy enfermo me visita uno solo, ese me ama, ese es mi amigo de verdad, porque es capaz de sufrir por mí, porque quiere mi bien. Él se pone en segundo lugar; repetimos, es el mayor bien para él también, y es así que los santos llegan a la alegría más grande cuando sufren. Es todo muy misterioso esto y hay que meditarlo, y en última instancia el que nos lo puede hacer entender de fondo y vivirlo es el Espíritu Santo, pero tenemos que poner nuestro granito de arena y meditarlo.

Lo único que quiere un santo por sobre todo es mostrar a Dios que lo ama, eso quieren [los santos], y se han dado cuenta por experiencia, por instrucción, que no hay mejor manera de mostrar eso que muriendo, es decir, sufriendo por el amado como hizo Jesús en la Cruz. Entonces son felices sobre todo cuando sufren por esto: el amor y el dolor son las dos caras de la misma moneda.

Dice Tomás Kempis:

Cuando llegue a tanto que la aflicción que te sea dulce y gustosa por amor a Cristo, piensa entonces que te va bien porque hallaste el paraíso en la tierra. Cuando te parece grave el padecer y procuras huirlo, cree que te va mal y donde quiera que fueres te seguirá la tribulación: Si te dispones para hacer lo que debes, conviene saber: sufrir y morir, luego te irá mejor y hallarás la paz.

Decía Santa Teresita:

He llegado a no poder sufrir más, pues me es dulce todo sufrimiento.

Yo encontré en el mundo la alegría y la felicidad, pero sólo en el dolor.

Es cierto que eso se da en la vida mística, perfecto; pero entenderlo viene muy bien, porque si tengo un dolor que no me hace feliz porque no llego a ese grado de amor, pero lo tomo por ese lado, lo cual es distinto.

### ACTOS PREPARATORIOS

Hechas las aclaraciones, seguimos con San Ignacio, en el número [46]:

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

Tenemos el primer preámbulo:

[232] 1º *preámbulo.* Primer preámbulo es composición que es aquí ver cómo estoy delante de Dios nuestro Señor, de los ángeles, de los santos interpelantes por mí.

Me pone otra vez ante la Corte Celestial como en algún otro momento importante del Ejercicio, pero aquí incluso ellos están intercediendo por mí.

¿Qué están haciendo por mí? Están pidiendo para que yo aprenda a amar. Ellos han llegado allí porque han sabido amar; tenemos que hacer lo mismo nosotros y ellos nos aman, por eso interceden. Imaginarme en esa situación, en esa verdad, porque es así, me puede hacer muy bien.

Petición:

[233] 2º *preámbulo.* El segundo, pedir lo que quiero: será aquí pedir *conocimiento interno* de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad.

Lo dije a propósito rápido porque ahora lo digo lento y voy a remarcar algunas palabras como San Ignacio que le da una vuelta de rosca a cada cosa que dice.

«Será aquí pedir conocimiento» Cualquiera no: interno, profundo.

¿Qué queremos conocer de esa manera?: «tanto bien recibido», ¡no “el bien recibido”! sino **tanto bien recibido**.

¿Para qué queremos conocer esto? para que yo... ¿reconociendo? ¡No!: «**enteramente reconociendo**».

¡Todo 2.0! (versión mejorada). “¿Pueda amar y servir a su divina y majestad?” ¡No!: **en todo amar y servir a su divina y majestad**.

Estamos en la cumbre de los ejercicios, vamos a lo máximo con el favor del Señor.

## PUNTOS

Aquí está el primer punto que es como un resumen de todos los otros cuatro que vienen después. Por eso incluso terminado el primer punto, San Ignacio nos trae una especie de coloquio hermosísimo. Por tanto, me voy a detener un poco más aquí y después los otros puntos los voy a ir nombrando, tratando de no demorar más de media hora.

Me quedan quince minutitos para dejarle tiempo en esta última oportunidad al que es más importante aquí, infinitamente más, que es el Señor y el tiempo que tienen entonces con Él.

**[234] 1º punto.** El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene y conseqüenter<sup>3</sup> el mismo Señor desea dárseme en quanto puede según su ordenación divina. Y con esto reflectir, en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte offrescer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien offresce afectándose mucho:

«Traer a la memoria»: las potencias, vamos usando la memoria.

«ponderando con mucho afecto»: tratando de mover mi voluntad, e incluso los sentimientos.

«reflectir, en mí mismo»: reflexionar o reflejar en mí mismo.

«considerando con mucha razón y justicia»: como decimos en cada Canon de la Misa, en cada Prefacio: «Es justo y necesario darte gracias».

Pero, ¿de qué está hablando aquí San Ignacio? Está hablando de que tenemos que ver lo que Dios ha hecho por nosotros, tenemos que meditar eso, la grandeza de lo que Dios nos ha dado. Realmente es una cosa que se nos pasa por alto si no nos detenemos y aun deteniéndonos es difícil. Tenemos que ser agradecidos con Dios.

Una cita conocida a este respecto de la gratitud, de la relación que tiene la gratitud con esto del Amor de Dios, la trae San Ignacio en una carta<sup>4</sup>.

En la su divina bondad considerando (salvo meliori iudicio) la ingratitude ser cosa de las más dignas de ser abominada delante de nuestro Creador y Señor, y delante de las criaturas

---

<sup>3</sup> Consiguientemente.

<sup>4</sup> P. GUSTAVO LOMBARDO, *Peregrinando hacia la santidad*, 27 de febrero, pág. 80.

capaces de la su divina y eterna gloria, entre todos los males y pecados imaginables, por ser ella desconocimiento de bienes, gracias y dones recibidos, causa, principio y origen de todos los males y pecados, y por el contrario, el conocimiento y gratitud de los bienes y dones recibidos, cuánto sea amado y estimado, así en el cielo como en la tierra.

El punto es este: si yo no soy agradecido, es porque no reconozco los bienes que Dios me ha dado. Y si no reconozco los bienes que Dios me ha dado, entonces no me reconozco amado por Dios, porque en eso Dios me muestra que me ama. El amor está en el intercambio de bienes, me da y se me da a sí mismo. ¡Y si yo no reconozco que me ama, tampoco lo voy a amar! Por eso es terrible la ingratitud justamente por lo que acabo de decir. No voy a repetir para no cansar.

Por lo tanto, lo que San Ignacio nos pide aquí es: «Hola. Dios te ama. Acuérdate de eso, tenlo presente y aplica tu memoria a esto, al hecho de que Dios te ama».

¿Cómo aplica tu memoria?: mira todo lo que te ha dado y ahí podemos repasar nosotros nuestra vida y ver tanto bienes naturales como sobrenaturales que existen. ¿Por qué existo yo? ¿Por qué? ¿Podría existir otro en el lugar mío? ¿Cuántos mejores habrá en la mente de Dios? Como un arquitecto que hace una casa, podría haber hecho otra.

¿Cuántas cosas tuvieron que haberse dado en nuestra vida? En mi caso, un buen consejo de un sacerdote y la docilidad de mi madre y de mi padre, que por eso tuvieron dos hijos más, (tenían dos, tuvieron cuatro); si no, no existiría. Pero Dios está ahí también en todo eso, obviamente.

Todos los bienes naturales que Dios nos ha dado: los dones, la familia, el existir, todo; y sobrenaturales, ¡ni qué hablar!, la gracia de Dios, el Bautismo, los Sacramentos, cada Confesión, cada arrepentimiento para volver a estar en gracia cuando hemos pecado mortalmente: ¡son todas gracias infinitas! Y eso implica que Dios se hizo hombre, que murió en la Cruz, y el Cielo que me espera. O sea, no podemos medir cuánto Dios nos ama.

Santo Tomás va a decir: «El don de Dios», porque nos ama aun siendo pecadores, porque nos ama enviando a su Hijo, nos ama ofreciéndose a sí Mismo, nos ofrece el Cielo; o sea, Dios se nos da la en la Comunión, ¡pero también nos ofrece el Cielo!

Hay que detenerse en esto más. Después de 50 días de Ejercicio, deténganse y pónganse a pensar, y llegar —dentro de lo que podamos con la gracia de Dios— incluso a darnos cuenta que lo malo que nos ha pasado, incluso lo malo misteriosamente que hemos hecho, *«todo coopera para bien de los que aman a Dios» (Rm 8, 28)*. Por tanto, también en eso Dios me ha amado, y también tengo que poder decirle gracias. «Gracias en la adversidad valen más que seis mil gracias en la prosperidad», dice San Alfonso citando a San Juan de Ávila.

¿Qué vamos a hacer?: Darnos cuenta que el Señor nos ama mucho para devolverle ese amor, «amor con amor se paga». De eso se trata esta Meditación, eso es todo. Hay que detenerse, hay que pedir la gracia. Es que si no reconocemos el amor, no podemos amar a Dios. Somos tan débiles, tan pequeños...

Santo Tomás va a decir:

«Nada mueve tanto al amor que el hecho de saberse amado».

Ahí está todo.

Hay un versículo en la Carta de San Juan<sup>5</sup>: «*Nosotros hemos conocido el amor de Dios y hemos creído en él*». Hay que tener fe en el amor de Dios, no se ve. Tampoco veo el amor de mis padres, pero les creo y lo veo en otras cosas, en sus actitudes; por eso ahora estamos viendo el amor de Dios en lo que estamos considerando.

Hay que detenerse ahí entonces. «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

Dice justamente Monseñor Straubinger que Dios nos pide que nos convenzamos que nos ama, que vivamos con ese convencimiento.

Incluso San Juan dice: «Hemos conocido el amor de Dios, hemos creído en él», y el versículo después dice: «Tenemos que permanecer en el amor de Dios», y ese “permanecer en el amor de Dios”, como comenta Monseñor Straubinger, para la mayoría de los buenos comentadores no significa que yo me mantenga amando a Dios, sino que significa **que me mantenga reconociendo que Dios me ama**. Mantenerme en el amor de Dios es eso, mantenerme en la convicción de ser amado por el Señor, y es lo que más el demonio intenta quitarnos, lo que más justamente, porque sabe el bien que trae eso consigo.

No leo la oración final, que es como un coloquio, sino que leo los puntos siguientes rápidamente, porque es para que los mediten.

[235] El segundo mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando a entender, y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí seyendo criado a la similitud y imagen de su divina majestad; otro tanto reflitiendo en mí mismo, por el modo que está dicho en el primer punto o por otro que sintiere mejor. De la misma manera que se hará sobre cada punto que sigue.

[236] El tercero considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, id est, habet se ad modum laborantis<sup>6</sup>. Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando, etc. Después reflectir en mí mismo.

Todo lo que está, Dios lo hace para mí. Dios no está presente aquí, como diría la nueva era, pero de algún modo sí, «*en el vivimos, nos movemos y existimos*»; o sea, no es Dios esto, esto es una tacita de vidrio, digo por las dudas. Pero la tengo acá porque Dios me ama. Y entonces los Santos miraban no una tacita de vidrio, pero si una flor: «Basta, Señor, basta de hablarme» O sea, es la vida mística.

[237] El cuarto: mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Después acabar reflitiendo en mí mismo según está dicho. Acabar con un coloquio y un Pater noster.

---

<sup>5</sup> cf. 1 Jn 4, 16.

<sup>6</sup> *id est, habet se ad modum laborantis*: se comporta al modo del que trabaja.

Esto lo voy a leer en castellano moderno porque si no, no se entiende:

Contemplar como todos los dones y bienes descienden de arriba, así como mi limitada capacidad viene del poder supremo infinito que está en lo alto, y así también la justicia, la bondad, la piedad, la misericordia, etc., como los rayos descienden del sol y el agua brota de la fuente, así todo bien viene de Dios. Y acabar con un coloquio y un Padre Nuestro.

## ACTOS CONCLUSIVOS

### *Coloquio:*

El coloquio puede ser justamente la oración que pone después del primer punto, que dicen que rezaba la madre Teresa después de cada Comunión, después de la Misa, creo que como acción de gracias. Es decir: si Él me ama y me ha dado tanto, ¿qué tengo que hacer yo?: entregarme a Él.

**Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.**

Es muy bonita la oración, hay que hacerla a conciencia.

**Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento:** es el fruto escogido de los Ejercicios, porque esa es la entrega, esa es la indiferencia, es el tercer binario, es la tercera manera de humildad, es unirme a la Cruz de Cristo, porque en definitiva no me puedo entregar sin estar dispuesto también a sufrir lo que haga falta, que como siempre sabemos va a ser la mayor alegría. **Tomad, Señor, y recibid** todo.

Y si lo hacemos por medio de María, mejor. Con esa espiritualidad de San Luis María de Montfort: Entregarme a Cristo por María, entregarme a Ella para entregarme mejor a Cristo.

Cuando hice Ejercicios Espirituales, no lo había contado nunca, pero hace unos días, yo todavía estoy en Canadá, cuando vean esto, creo que voy a estar en Guatemala predicando Ejercicios, Semana Santa en Panamá, semana siguiente en Guatemala. Pero esto lo hago antes de salir, para dejarlo listo, lo hacemos un poco antes realmente. Y esto no lo había contado nunca, pero lo conté hace unos días, estuve en Montreal y me hicieron una entrevista, un podcast de unos chicos que están haciendo un trabajo muy bonito, empezando con un canal, y lo conté, así que lo cuento.

Cuando me preguntaron algo parecido, entonces una de las dificultades más grandes que tuve cuando entré a noviciado y demás, eran los escrúpulos, sentir que todo es pecado, es una prueba; por eso cuando hablo del escrúpulo, si lo buscan en internet, pongo mi nombre y escrúpulos. Hablé por una hora y media, es larguísimo. Al que no tiene escrúpulos no le interesa; pero el que tiene escrúpulos y está dispuesto a escuchar una hora y media...

Como gran fruto del Ejercicio de mes, también tenía muchos escrúpulos, fue una cosa que todos sabemos, pero que se puede profundizar, y que de algún modo lo aprendí de nuevo: Dios me ama. Hay que meditar en eso. Dios me ama. En todo el tiempo, en todo

momento Dios me ama, y por tanto quiere que yo sea feliz en el Cielo por sobre todo, pero también aquí en la tierra. No hay nada más que decir. **Dios te ama**, hay que convencerse de eso, y obrar en consecuencia, todo está ahí.

Y para entenderlo mejor, el amor de Dios no es masculino ni femenino, el amor de Dios es absolutamente todo, porque Dios es espiritual e infinito. Dios se hizo hombre, entonces Jesús, en cuanto a Dios, es el amor que acabo de decir; en cuanto a hombre, es un amor masculino, porque es hombre. Y así como necesitamos papá y mamá en lo natural —papá y mamá tienen su lugar importantísimo, no podemos reemplazarlos— no puede una mamá amar como un hombre, ni un papá amar como una mujer. No se puede. Así también nos ha regalado el Señor, en lo natural-sobrenatural, un amor femenino. Tenemos el amor de Jesús, repito, Divino y humano; en cuanto humano, amor masculino; y nos ha regalado un amor femenino de María Santísima que lo necesitamos tanto casi como se necesita el amor de papá y mamá, de los dos.

Dirá San Luis María, creo que citando a San Bernardo:

El que no tiene a María por Madre no tiene a Dios por Padre.

Por eso, en momentos de dificultad que siempre pasamos, la vida tiene sus cruces para todos —bendito Dios por eso también, y merecido lo tenemos también, es una forma que nos ayuda para que el Purgatorio sea más corto— mirar a María. Tenemos esa figura maternal. Nada que decir del Amor de Jesús, pero ya me entienden a lo que voy. Por algo tenemos a Nuestra Madre, también recurrir a Ella para sabernos amados, tan amados también por esta benditísima Madre, María Santísima; y que Ella nos ayude a reconocer el Amor del Señor, a reconocer el Amor de Dios Padre; la devoción a Ella que nos llene del Espíritu Santo para que podamos amar de verdad y hacer amar a otros también, aprender a enseñar a otros que son amados y ayudarles a amar.

No hemos terminado todavía, en este sentido te queda contemplar esto; y mañana mandamos el último video más cortito, con el final y la bendición y todo.

Ave María y adelante.